

UN RITUAL DE VIDA

Un loft lleno de plantas en cada esquina y paredes casi tapadas al completo con cuadros de jazz se sitúa en la tranquilidad de Escocia. Con una mesa de comedor con sillas verdes y rojas encima de una gran alfombra redonda blanca. Un gran piano de pared apoyado en la pared y un perchero con chaquetas y sombreros. Un cómodo rincón de lectura escondido de las grandes y luminosas ventanas, iluminado con una pequeña lámpara dorada, dos butacas también verdes y rojas y una larga alfombra que cubre el espacio, ensuciada por la tierra de las plantas que la recubren. Sobre una elevación se encuentra la cocina, con sartenes colgadas de las paredes de forma desordenada, más plantas en las encimeras y un bote de cristal con galletas. Esta cocina nunca es solitaria pues una pareja de ancianos ha vivido con ella durante décadas, James, un anciano de tez oscura, con un ego tan grande como la propia Gran Bretaña pero un gran corazón para compensarlo, propenso a las locuras y a experimentar con la cocina, y su solitario, desastre en la cocina y tranquilo marido, Reginald.

Todas las mañanas se levantan y cogen una galleta del tarro y van a su rincón a leer, con una mano sujetan el libro y con la otra sostienen la del otro. Algunos días Reginald cogerá su abrigo y su sombrero y saldrá a buscar el periódico del día mientras su marido hace el desayuno, otros se reunirán en la cocina, y pondrán su música favorita, Reginald intentará hacer algo útil y James se reirá de él, se situará detrás de él, pondrá su mano sobre la suya y la moverá en movimientos suaves, y Reginald sentirá un escalofrío como la primera vez. Llegará un punto en que solo sientan la música e ignoren todo lo demás, incluido el fuego encendido con su desayuno, se sujetarán de las cinturas y se moverán al ritmo de la música apoyando sus cabezas en el hombro del otro y cerrando los ojos. Así durante décadas, pasando por Bowie, The Beatles, The Smiths y cuando finalmente descubrieron el amor de su vida, el jazz, y siempre acababa igual, se les quemaba el desayuno y ellos intentando ignorar el olor para mantener ese momento para siempre, el sol entrando por las ventana, el swing del jazz y sus improvisaciones sonando por todo su hogar, los lentos pasos alrededor de la pequeña cocina y los tarareos de la melodía ya conocida. Esos días no solían desayunar al final.

Después del desayuno si es que no se les quemaba, Reginald se sentará en su piano y tocará tranquilas canciones para su marido, algunos días invitará a James a sentarse junto a él a intentar enseñarle algo, rozando sus manos y sintiendo escalofríos como si fuera la primera vez, otros días simplemente su marido se sentará a admirarlo como si fuera la cosa más preciada del mundo con un destello en sus ojos, y al final de cada pieza, se levantará y abrazará a su esposo por la espalda, le besará la mejilla y le dirá que ha sido perfecto, se retirará ignorando las quejas de su marido por abandonar su lado y volverá a su asiento para esperar otra preciosa canción de las manos de su amado.

Después de un rato de pleno disfrute se levantarán para cambiarse y salir a pasear, cogerán sus manos mientras pasean y de vez en cuando, se encontrarán al otro observando y se sonrojarán como si fuera la primera vez. Tal vez, algunos días irán al cine a ver alguna película nueva que haya salido, en su juventud habrían ido a conciertos de sus artistas favoritos, en otros tiempos a una cafetería con sus amigos a tomar batidos y a ser ruidosos, ahora su vida está plasmada con paz, tranquilidad y amor.

Volverán a casa y comerán las sobras del día anterior sentados uno al lado del otro, James en la silla roja y Reginald en la verde. Al acabar se sentarán juntos en su sofá de cuero y verán por octogésima primera vez La La Land y disfrutarán de la banda sonora de jazz, y justo seguidamente verán Whiplash. Cuando finalicen, volverán a la cocina por cuarta vez en el día y esta vez solo cocinará James, Reginald sacará los ingredientes de la nevera y de los estantes y los dejará sobre la recién limpiada encimera. Cocinará sopa, pescado y muffins de naranja, los favoritos de su marido. Comerán justo como antes, en el comedor, al acabar se irán a la cama, acurrucados uno al lado del otro, abrazados.